

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



NUEVOS PLANES PARA LA TIERRA DE KEMET

Rigel Anilam, aquel que escapó a los efectos del Velo del Olvido gracias a una sorprendente habilidad que le libraba de los bloqueos de las akasias, estaba a mis pies.

Literalmente.

Le magullé a base de puñetazos. Lo levanté del suelo varias veces y lo lancé contra las duras paredes de piedra de su casa. Se defendió como pudo, y quizá recibí algún arañazo, nada de lo que debiera preocuparme.

A mis pies acabó, como dije. Sangraba en abundancia por la boca y una brecha en su ceja izquierda. El ojo que cubría tampoco tenía buena pinta.

Invoqué mi espada astral. La blandí al aire ante él por pura vanidad y después la clavé en el suelo, a escasos centímetros de su rostro.

-Debiste aceptar mi propuesta -le dije.

Minutos atrás, Rigel detalló su plan para asesinar al faraón y ocupar su lugar. Creí que sería fácil convencerle de lo descabellado de su idea, pensé que sería suficiente con advertirle de que, tras el magnicidio, uno o varios generales se interesarían por el trono y acabarían con él en un abrir y cerrar de ojos.

Aparte, yo tenía mis propios planes para el faraón.

Por desgracia, no hay mayor sordo que aquel que no quiere escuchar. Reconozco que me arrepentí tiempo después de aquel arrebato visceral y del trato que le di, pues en aquel tiempo no ambicionaba la consideración de caballero y me dejaba influir demasiado por las maneras de Groderic Krohn, el líder de mi gremio.

-¿Qué propones entonces? -cedió finalmente mientras sentía las costillas rotas tropezar con la expansión de sus pulmones.

-El monoteísmo -le dije, y desclavé mi espada del suelo.

Empezó a toser por no reír, le había dejado demasiado mal como para permitírselo. Trató de incorporarse, por fin parecía ser receptivo a mí.

-No cambiaré un dios por otro -advirtió con dificultad.

-Ni yo una dictadura por otra -repuse-. Kemet no necesita estirpes de dioses, pero sí un faraón sabio y justo que persiga la prosperidad de su pueblo. El soldado necio es aquel que ataca al enemigo invencible, y ningún mortal de esta época está preparado para una comprensión de la existencia que no esté fundada en la personalización de una conciencia superior.

-Vosotros, los astrales, sólo sabéis arreglar los problemas con mentiras.

-Acepto eso -admití, y le ofrecí mi mano.

Me la estrechó, pero aún tuvo una condición que imponer antes de ponerse en pie.

-¿Podrás curar mis heridas?

-¿Podrás ser fiel a un pacto? -le pregunté.

Rigel asintió.

Invertí horas en reconstruir sus huesos, cortar su hemorragia y arreglar su ojo. Debió esperar mil años para oírme pedirle disculpas por aquello, pero salió ganando. Se ganó un amigo para toda la eternidad.

Pero antes de lubricar nuestra amistad, había un plan que poner en acción.

-Háblame de tu monoteísmo, Dumas -me pidió.

-De acuerdo. Te habrás dado cuenta de que el grueso de tradiciones religiosas y personajes divinos no son sino metáforas de las estaciones y de cómo planificar las cosechas a partir de las primeras, ¿verdad?

-Sí.

-También te habrás dado cuenta de que, realmente, tener ese conocimiento es la razón de que Kemet sea la tierra rica y poderosa que es.

-No entiendo eso.

-Es muy sencillo. Los soldados fuertes matan muchos enemigos; los débiles, pocos; los muertos, ninguno.

-La alimentación -entendió.

-Exacto.

-Mejores cosechas, guerreros más sanos.

-Eso es. Es una tragedia que el mundo de hoy se dirima bajo tales circunstancias, pero debemos aceptarlo. Sin embargo, los mayores enemigos de Kemet no forman fila más allá de vuestras fronteras, sino que se enriquecen aquí mismo y violentan el orden social por una tonta competencia entre falsas creencias. Así que, básicamente, haremos entender al faraón que dios existe, pero sólo uno, y que ése es él. Cuando le hayamos convencido de esto, suprimirá cualquier otra liturgia y...

-Una estupidez -me interrumpió.

-¿Perdón?

-Te he dicho que no cambiaré una fe por otra. ¿De qué nos servirá que el faraón se crea el único y verdadero dios si con ello sólo conseguiremos alimentar su maldad y su ambición? ¿Crees que repartirá el grano de los templos cuando haya derogado a las restantes deidades? Lo guardará para él y concentrará para sí toda la tiranía que ejercen sobre el pueblo.

-No, no lo hará -le dije.

-¿Por qué?

-Porque la verdadera razón de que quiera centralizar la fe no es por las disputas entre credos, sino porque es mucho más fácil atemorizar a uno que a cien.

-¿Cómo que atemorizar?

-Rigel, tú tienes razón respecto al faraón -afirmé-. No es sino otro individuo corrupto sin nada noble en su haber. Pero es tan poderoso como cobarde, y eso juega a nuestro favor. Cuando él crea en nuestro dios de postín, hará todo lo que queramos.

-Porque se lo dirá nuestro dios de postín -comprendió entonces con una sonrisa.

-Eso es.

-Y sobre este dios del que me hablas, ¿quién hará el papel? Recuerdo que arqueé una ceja antes de responder.

-¿Quién te está curando con habilidades sobrenaturales?